

Desde la distancia

Casos inexplicables (I)

José María Gómez Montes

En la vida de todo hombre o mujer ocurren, a veces, sucesos inexplicables que a través de la concatenación de una serie de hechos relacionados unos con otros, enlazados entre sí, llegan a un final, para unos a causa de una serie de casualidades; para otros, porque era su sino o estaba escrito, aún para otros, ocurren a través de fenómenos más o menos paranormales, ese cajón de sastre donde incluimos todos aquellos sucesos que en muchas ocasiones carecen de una explicación plausible y para algunos, gracias a la Divina Providencia, que realiza signos inescrutables para todos. Voy a referirme a varios de estos hechos ocurridos, no sólo en mi vida profesional, sino a otros varios.

Trataré de narrarlos escuetamente, tal como me sucedieron o me los contaron, sin más comentarios y dejo al criterio del lector el sacar sus propias conclusiones.

Es corriente que en cualquier grupo de personas no haya alguna que refiera algún hecho inexplicable, sin que se le pueda dar una explicación plausible de por qué ha sucedido.

No voy a entrar en los milagros reconocidos por la Iglesia Católica, porque no es ésa la intención de estos artículos. Se trata de hechos sencillos, la mayoría simple anécdotas de nuestra vida profesional, algunas ocurridas, incluso, durante nuestra vida de estudiante o durante nuestro ejercicio profesional. Algunas se resolvieron con la sonrisa en los labios, al encontrar una explicación bien sencilla del hecho en sí, otras nos dieron mucho que pensar.

Voy a narrar dos anécdotas, muy parecidas, aunque con un final distinto, ese

final lo dejo (como decía antes) a la libre interpretación del lector.

Minero misterioso

Corrían los finales del siglo XIX, cuando J. Cronin, en su magnífica novela "La Ciudadela" describe el caso de un minero cerril que odiaba todo lo que se relacionaba con los médicos y las medicinas. Su pequeña de cuatro años cayó enferma, pero no permitió que ningún médico la asistiera. Jamás ningún profesional había pisado su casa. El facultativo no sabía cómo acudir a ver a la enfermita, pues por la sintomatología que contaban las vecinas se trataba posiblemente de un cuadro agudo de difteria que empeoraba por momento.

Pocos días después, se presentó en casa del doctor un minero, en traje de faena, y le pidió que le acompañara a ver a la niña; lo guiaría porque el camino era muy intrincado. Cuando llegaron a la casa, el padre quiso oponerse, pero la madre al ver al doctor, se enfrentó al padre y consiguió que el médico se acercara a la niña. Efectivamente, padecía un cuadro agudo de difteria de suma gravedad; le inyectó el suero antidiftérico y se mantuvo en la casa hasta que la niña se durmió dulcemente.

Entonces, pidió la compañía del desconocido minero para que le acompañara,

pues no sabía volver, pero en la casa no había nadie más que los padres; la madre le contestó que en aquellos momentos no pensó quién podría haber traído al médico a su casa, y que la mina de donde decía proceder dicho minero llevaba cerrada varios años.

No, no era ningún fenómeno paranormal: se trataba de un vecino que viendo el estado alarmante de la niña se compadeció de ella y tomó la determinación de disfrazarse para conseguir que el médico pudiera ver a la enfermita...

Jefe de estación

En la última veintena del siglo XIX viajaba en el expreso de Burdeos a París uno de los descubridores del suero antidiftérico, Profesor Roux, que iba a la capital a dar un ciclo de conferencias para comunicar los extraordinarios resultados del suero antidiftérico. Cuando el tren se acercaba a París, ya de madrugada, en un apeadero, el expreso hizo una parada imprevista y se vio por el desierto andén al jefe de estación pregonando: "¡Doctor Roux!" "¡Doctor Roux!".

Al oír su nombre, el profesor Roux se asomó a la ventanilla y preguntó qué quería. "¡Doctor nos hemos enterado que viajaba usted en este tren y como hemos leído en la prensa sus éxitos con el suero que usted emplea, nos hemos atrevido a

parar el tren, porque muy cerca de aquí hay una pequeñina que se encuentra muy mal; el médico de cabecera ha diagnosticado difteria y si no se le aplica su tratamiento, morirá; si usted quiere yo le acompañaré, puede usted tratar a la niña, y le da tiempo a coger el tren que de mañana temprano viaja hacia París y le da tiempo de llegar a su conferencia".

El profesor Roux pensó que un éxito más le vendría muy bien, bajó del tren y acompañado por el jefe de estación acudió a la casa de la enfermita, que distaba medio kilómetro aproximadamente.

Entró sólo él en la casa y preguntó por la enfermita. Como en el caso anterior, efectivamente era un caso grave de difteria; inmediatamente le aplicó el suero; esperó la reacción del mismo y cuando la niña se durmió tranquila, después de lavarse las manos, pidió que alguien le acompañara a la estación. La madre le preguntó, que con quien había venido; él contestó que con el Jefe de estación que había parado al expreso para que él bajara.

- "Perdón doctor, nos ha sorprendido mucho su presencia inesperada aquí; pero en este apeadero sólo hay un factor que está sólo de día, pues carecemos de jefe de estación".

Levantó la vista el profesor y vio un cuadro que representaba un jefe de estación:

- "Por favor señora, ese señor es el que ha detenido el tren, el que ha voceado mi nombre y el que me ha acompañado hasta aquí".

- "¡Doctor, ese señor era mi padre que murió hace cinco años y desde entonces no ha habido más jefe de Estación".

Sin comentarios

Charlas con María (IV)

El circo: más difícil todavía

G. De Álvaro

Cuando el abuelo era de tu edad no había tele ni dibujos animados; pero teníamos "El Circo" que vosotros ahora no tenéis.

- ¿Qué es el Circo, abuelo?
- Pues el Circo era... ¡No tires de las orejas a Muca, que te va a morder!
- Muca es mía y no me muerde.
- Ya, pero ayer te mordió.
- ¡¡Fue una equivocación!!
- Vale. Con las mujeres, desde pequeñitas, no se puede discutir.

El Circo era como un gran teatro, sólo que el escenario era redondo, estaba en el centro y rodeado de unos asientos, en grada, como en el fútbol.

Primero salía el presentador, un señor vestido con smoking que anunciaba los números...

- ¿Era un profesor de Mate?.
- No, María, los números eran los diversos espectáculos que ofrecía.

Sigo: Primero actuaban los equilibristas que eran unos jóvenes - chicos y chicas - que se colocaban en unos columpios colgados del techo en los que hacían equilibrios y se pasaban de uno a otro, mientras nosotros - los niños - aguantábamos la respiración con un miedo enorme a que se cayeran y se despanzurran.

- ¿Qué es "debanzurar"?
- Despanzurar es cuando se recibe un golpe tan tremendo que se rompe los huesos, estalla la tripa y se sale el intestino.
- ¡¡Qué asco!!
- Ya, María, pero los niños de aquella época éramos muy bastos. Después salían los payasos que hacían payasadas como su propio nombre indica. Eran una pareja: "el listo" y "el tonto". El listo le preguntaba al tonto:

- Tú, ¿eres tonto o qué?
- Yo soy qué. Contestaba el tonto sin dudar.

Y, nosotros los niños, reíamos a carcajadas con la lógica aplastante del tonto. Porque los niños de aquella época éramos muy elementales.

- ¡¡Joder con la época!!
- ¡¡MARÍA!! No se dicen tacos. Y, además, los niños de aquella época conservábamos la sencillez y la inocencia hasta muy mayores, cosas que vosotros perdéis al mamar. ¿Qué no diga yo palabrotas? No son palabrotas y no quiero discutir contigo porque sé que pierdo.

Sigo. Más tarde salían a la pista los domadores de fieras y dábamos un grito común de angustia y horror cuando el domador metía su cabeza en la boca del león.

- ¿Qué no te lo crees?. Pregúntale a papá que le llevé un día al circo.

Por fin salían a la pista vanos payasos montados en bicicletas. Primero se ponían de pie en el sillín, luego soltaban una mano del manillar y, antes de soltar la otra mano, gritaban: ¡Más difícil todavía!

Eso es lo que le pasó al abuelo:

Estaba destacado en Montreal (Canadá) -una ciudad para quedarse a vivir en ella- para hacer la línea Montreal-México, dormir allí y volver al día siguiente...

- ¿Por qué me quería quedar a vivir allí?.
- Porque es la ciudad con mayor nivel de cultura cívica que he conocido.

... La ruta pasaba muy cerca de Nueva York - ya sabes, en la costa este en el océano Atlántico - pero, en una ocasión, un "tornado" estaba cruzando el continente americano de oeste a este -del océano Pacífico al Atlántico- y teníamos que tomar medidas de precaución...

- Claro. Es normal que no sepas lo que es.

- Un tornado es un grupo de tormentas que se desplazan juntas y desarrollan una fuerza brutal.

Hicimos nuestros cálculos y el tomado estaría sobre Nueva York a la hora que nosotros teníamos previsto pasar por allí, con este dato planeamos nuestra ruta por la costa oeste, por la costa del Pacífico al otro extremo del Continente Americano. Cuanto más lejos pasáramos del tomado mejor. Cargamos más combustible del normal, pues el rodeo que pensábamos dar alargaba nuestro tiempo de vuelo en media hora. ¡Tan lejos nos íbamos!

Cruzamos Canadá sin problemas y al llegar a la costa oeste americana vimos con alegría que el cielo estaba casi despejado, con algunas nubes altas que parecían sin importancia; pero minutos más tarde empezamos a oír por radio informes de los aviones que volaban por la zona que comunicaban turbulencia entre fuer-

te y severa. Nos pusimos los cinturones de seguridad, incluidos las correas que pasan por los hombros. Mandé poner los cinturones de seguridad del pasaje y reduje la velocidad del avión a la indicada para turbulencia severa. Y a esperar que la turbulencia fuera lo menor posible. De todas formas, la cosa tenía mal cariz, pues los mensajes de los aviones que nos precedían se iban haciendo cada vez más alarmantes y lo peor era que en las voces se percibía un tono de ansiedad.

Empezó la turbulencia de repente, como un mazazo, era tan fuerte que el piloto automático funcionaba mal y tuve que desconectarle. El Jumbo, aquel avión tan grande para 400 pasajeros, parecía una pluma arrastrada por el viento, y daba unos bandazos fortísimos. Yo estaba sudando y hacía todos los esfuerzos posibles por dominarle, pero no podía.

Los movimientos laterales eran tan fuertes que, a veces, como el panel de instrumentos está montado sobre puntos flexibles, perdía de vista los instrumentos. Entonces, como los payasos del circo, tomé la última decisión: ¡Más difícil todavía! Y... solté los mandos para que el avión volara solo en aquel infierno turbulento. Lo hizo muy bien y subía y bajaba repentinamente sin trabas. Por fin, como todo en la vida, se acabó la turbulencia con la misma brusquedad con que había comenzado, tomé los mandos con mi orgullo de piloto por los suelos, pero contento por haber salido de "aquello". El pasaje estaba bien, afortunadamente nadie se había herido o contusionado y al aterrizar en México, displicentemente, comuniqué a las autoridades aeronáuticas: "Nada, solamente turbulencia severa a la altura de Seattle"